

despiste muy de agradecer: "El alcoholismo es la enfermedad infantil del suicidio"; "La ternura es el amor hecho carne"; "Llueve de una manera tan persistente que acabará por tener razón". Hay constataciones, no pocas veces teñidas de nostalgias: "Habríamos querido ser más, pero ¿quién nos garantiza que no podríamos haber sido mucho menos?"; "Hubo personas que llamábamos 'de confianza'. Nunca traicionaban. Antes se hubieran prendido fuego"; "Poco a poco la virtud de escribir bien ha perdido la excelencia". Leemos muchas consideraciones sobre el amor: desde muy simples ("Te amo porque soy más. Me

amas porque me crees alguien. Y yo no soy nada sin la linterna que enciendes tú") hasta más alambicadas y con un deje irónico: "Es fantástico estar enamorado. Me acuerdo perfectamente". No faltan ni el descaro arrojado sin rubor ("Hay tanta gente tonta que da miedo") ni el reproche: "La falta de agradecimiento empuja a las dos partes". Y abundan como no podía ser de otra forma, las sentencias dichas al modo clásico, es decir, breves y rotundas, pascalianas o muy **Lichtenberg**, en esa línea, para dejar el peso necesario en la mente tras irse el fogonazo lector: "Todos nos soportamos recíprocamente. De otro modo sería imposible vivir"; "Ser amables entre nosotros es igual a ser ecológicos"; "Los animales son la versión sincera del amor"; "Todo lo que se hace con serenidad resulta elegante". Lo que siempre salva, como siempre ocurre, a ese decir máximas es el toque que solo puede dar el estilo propio, la gracia y oportunidad en muchos casos. Véase como ejemplo final el remate, tras el punto, de esta perla, sin el que perdería fuelle, por obvio, lo anterior: "Las pocas ocasiones en que uno se acuesta con la sensación del deber cumplido se oponen a la repetida inquietud de haber hecho algo mal o muy mal. De ahí el éxito del orfidal". Si fueran los años 70, hubiese yo criticado a Verdú por la rima innecesaria de la cita.



Tazas de caldo

Vicente Verdú

Anagrama, 2018

200 páginas, 14,15 euros



Chus Fernández.

lector asume el reto que plantea Chus Fernández y encara una lectura atenta y ordenada de sus "cuadernos" dejándose llevar por esta partitura de impresiones, acotaciones, ecos de otras voces y palabras robadas en los transportes públicos, puede llegar a desplazarse a otro lugar y otro momento. Alterando la ecuación, si uno lograra registrar todos los estímulos externos que en un momento dado le rodearon en determinadas circunstancias, quizá podría llegar a recrear el estado mental en el que vivió aquella experiencia. De alguna forma, es lo que Chus Fernández ha realizado en determinados momentos de una forma compulsiva con sus cuadernos. Despojados del material que luego ha crecido en forma de novelas, ensayos, obras de teatro, canciones o poemarios, esos textos son ahora para el autor una forma de desandar el camino y situarse en los pies de aquel que fue en otro momento. Al lector, tal acumulación de reflexiones, iluminaciones y antipéticas de lo asombroso-rutinario también le acaba por situar ante las preocupaciones, las preguntas y puntuales certezas del escritor en su búsqueda sobre formas y fondos narrativos.

Por todo ello, **cuadernos**, alejado de la obligación deslumbrante del aforismo, sin la necesidad moral o ingeniosa del proverbio ni la belleza del haiku, y siendo, sin embargo, muchas veces revelador, instructivo y hermoso, acaba componiendo un todo precioso en su fragmentación. Recuerda a la artesanía japonesa del "kintsugi", en la que la recomposición de piezas dañadas no se basa en ocultar las grietas sino, precisamente, en resaltarlas de forma ostensible y bella. **cuadernos** lleva el ejercicio un poco más al límite, sin tratar de abordar siquiera una reconstrucción y dejando los trozos a la vista. El ejercicio de honestidad de materiales narrativos es tal que puede provocar vértigo en el lector, sí, pero también nuevas cimas si uno está dispuesto a competir con la voluntad de Chus Fernández. Y no es fácil.



Cuadernos

Chus Fernández

Ediciones Malasangre, 2018
200 páginas, 16 euros

Ese último hecho, la certeza de algún tipo de orden por debajo del cúmulo de anotaciones, un patrón oculto en el caos de sucesivas miradas fragmentadas, da la pista de otra forma de aproximarse a "cuadernos". Porque es cierto que es un libro en el que el picoteo puede ser muy provechoso, más que en otros, dada la hiperfragmentación; pero si el

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Viaje al corazón de Auster para no atascarse en el azar

Un año después de que Paul Auster comparciere con su monumental 4321, nos llega ahora la más profunda indagación que el autor de *Leviatán* haya hecho nunca sobre su obra. Las más de cuatrocientas páginas de *Una vida en palabras* son el fruto sin precedentes de largas horas de conversación con la profesora danesa I. B. Siegmundfeldt, quien tuvo la pericia de seducirle para que hablase y la suerte de intentarlo cuando Auster, al borde ya de los 70 años, había decidido que, sí, que "tal vez era el momento de hablar", aunque sin dejar de tener presente que "un autor no puede analizar su propia obra!". El volumen se divide en dos partes –la referida a sus escritos autobiográficos y la que desmenuza los de ficción– y gira en torno a once asuntos, desde la relación entre lenguaje y cuerpo a los espacios en blanco, el confinamiento, los objetos abandonados o la experiencia judía. Para no quedarse atascado en el azar.



Una vida en palabras
Conversaciones con
I. B. Siegmundfeldt
Paul Auster
Seix Barral

416 páginas, 21 euros



El embrujo del tigre
Sy Montgomery

Trad. C. Torres y L. Naranjo
Errata Naturae

360 páginas, 21 euros



Cuadernos alquímicos
Isaac Newton

Edición Gonzalo Torné
Hermida Editores

176 páginas, 18 euros



Algunas formas de amor
Charlotte Mew

Trad. Ángeles de los Santos
Periférica

232 pág., 17,75 euros

Una selva donde los tigres son dioses que se comen a la gente

Autora de numerosos documentales y de una veintena de libros sobre la vida salvaje, la multipremiada Sy Montgomery es conocida por obras tan sorprendentes como *El alma de un pulpo* o tan escalofriantes como este *El embrujo del tigre*. Montgomery es una naturalista cuya curiosidad la ha animado a acercarse, demasiado incluso, a murciélagos, serpientes, pirañas o leopardos de las nieves. Pero también tiene una parte de chamán que la lleva a entender las oscuras conexiones entre algunos animales y ciertas comunidades humanas. El subtítulo de este volumen es la mejor explicación sobre este punto: "Un viaje al lugar donde los tigres se comen a los hombres y los hombres adoran a los tigres". El lugar es la selva bengalí de los Sundarbans, mundo regido por las leyes de la magia donde los tigres, en lugar de evitar al bicho humano, se lo comen a cientos cada año en ejercicio de sus prerrogativas divinas.

Newton como alquimista o el peso de los saberes oscuros

Sir Isaac Newton (1642-1727) es para muchos la mente científica más fértil conocida. De ahí el elevado interés que se condensa en estos *Cuadernos alquímicos*, selección de algunas de las miles de páginas que escribió sobre el asunto en sus 84 años de vida. Un interés doble como doble era la esencia alquímica en la época de Newton. Por un lado, suma de saberes prohibidos en los que se buscaba conocimiento, salud y, tal vez, inmortalidad. Por otro, práctica experimental de transformación de la materia que más pronto que tarde se mutaría en Química y perdería la proscripción. La cohabitación de ambos aspectos en la mente de un Newton que también era teólogo arriano planteará al lector curioso preguntas sobre las relaciones entre ciencia y artes oscuras o sobre el papel de Dios en el pensamiento científico antes de que Darwin dinamitara el relato bíblico. O en nuestra incapacidad para advertir dioses que nos lastran.

Los laberintos sin salida de una autora sin asiento en el mundo

He aquí todo un descubrimiento para buscadores de joyas perdidas. La poeta y cuentista londinense Charlotte Mew (1869-1928), cuya pluma transitó la senda que enlaza la era victoriana y el modernismo anglosajón, creció en una familia muy proclive a la fragilidad psíquica. Ella misma se suicidó bebiéndose una botella de desinfectante tras años de vestirse como un hombre en las escasas ocasiones en las que salía del hogar donde se confinaba junto a su madre y su hermana. Tal vez por esa dificultad para encontrar asiento, nunca obtuvo amplio reconocimiento para sus escritos, que, sin embargo, gozaron del aprecio de jueces como Virginia Woolf, Joseph Conrad o Ezra Pound. *Algunas formas de amor* retine en castellano cinco largos relatos en los que Mew sitúa a sus personajes en encrucijadas de las que no saben evadirse o en las que sólo encuentran la salida de emergencia que se abre sobre el vacío.